y que no sabrían sostenerse por sí mismos, ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, *resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda, por legar á la generación que nos reemplace, la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.*

«Ojalá, General, que no contrayendo Ud. ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que, entretanto, sé conserve Ud., desea sinceramente su muy atento amigo y S. S.—*Porfirio Díaz.*—Oaxaca, Noviembre de 1864.» (Memorias).

XIII.

DEFENSA DE OAXACA.

PRISIONERO DE GUERRA.

MIENTRAS el Emperador procuraba, por tan ruines medios, atraer á su partido al valiente caudillo, el General en jefe del ejército invasor, comprendiendo la importancia del General republicano, marchaba él mismo, al frente de sus huestes, contra la plaza de Oaxaca.

«El 17 de Diciembre de 1864, se reunieron en «La Carbonera,» la Columna de Courtois d'Hurbal y la de Brincourt, y defendieron juntas á Etla. Yo tenía en observación, en la hacienda de «San Isidro,» inmediata á Etla, la Brigada de caballería que mandaba el Coronel D. Jerónimo Treviño, con su puesto avanzado en Tenexpa, cerca del enemigo que cubría el escuadrón irregular, que era á las órdenes del Coronel D. Ladislao Cacho.

«El día 18 recibió el Coronel D. Félix Díaz, que tenía el mando, por ausencia de Treviño, aviso de que el puesto de vanguardia había sido forzado; y como la Brigada se mantenía con la caballería ensillada, mandó Díaz que salieran los lanceros de Oaxaca. Apenas había salido ese regimiento á formar fuera de la casa de la hacienda, cuando llegaba á todo escape, y sufriendo grandes pérdidas, el escuadrón «Cacho.» En un momento chocaron las fuerzas francesas, que perseguían á Cacho, con los lanceros de Oaxaca, que se les aparecieron entre la polvareda que habían levantado aquéllas, siendo el choque tal, que tras vacilar un instante los cazadores de África, que ve-

nían batiendo el arma blanca á los prófugos, voltearon caras, y, á su vez, fueron perseguidos, por más de tres leguas, por los lanceros de Oaxaca y la legión del Norte, que salió, tan pronto como pudo, á tomar su lugar en la persecución.

«El Coronel Díaz continuó ésta hasta encontrar el grueso del enemigo, que venía en marcha sobre el camino. Después de un ligero cañoneo sobre nuestra caballería, se retiró ella á la «Hacienda Blanca,» sin que la enemiga se le atreviera.

«La caballería francesa sufrió fuertes pérdidas en aquel encuentro, y, entre otros, sucumbió en él el Conde de Loire. Allí se hizo muy notable, por su valor personal, el Mayor de la legión del Norte, D. Basilio Garza, que fué quien mató al citado Conde. El enemigo, que quedó dueño de la villa de Etla, hizo en tal lugar, al día siguiente, grandes funerales á los oficiales muertos en el combate.

«Pasados cuatro ó cinco días, y cuando el enemigo más se acercaba, el Gral. Courtois d'Hurbal, personalmente verificó un reconocimiento á los alrededores de la Ciudad de Oaxaca, con una fuerte Columna de zuavos, cazadores de África, húsares de la guardia, y una batería de artillería de la guardia, volviendo en seguida á su campamento. Después de algunos días, supe de una manera segura que el Gral. Bazaine se dirigía para Etla, por el camino de la Mixteca, con una escolta de 500 zuavos, media batería de cañones y 300 caballos. (Memorias).

Si el Gral. Díaz hubiera contado con caballería suficiente, habría batido la Columna de Bazaine, sobre la marcha, sin darle tiempo á que se uniera con el grueso de las fuerzas invasoras que estaban casi encima de Oaxaca; pero sucesos inesperados le dejaron reducido á los 350 caballos del regimiento de su hermano Félix, y unos 60 más del pequeño escuadrón «Cacho.»

En tales condiciones, Porfirio Díaz pensó dar un combate decisivo á inmediaciones de Oaxaca, aprovechando detalles topográficos que le eran conocidos, y contando con una fácil retirada hacia la sierra.

Con este objeto recorrió á caballo, acompañado de su segundo en jefe, el Gral. Benavides, el terreno designado para teatro de la batalla.

Es indudable que Porfirio Díaz abrigaba ya en su mente, uno de aquellos golpes temerarios que en tantas ocasiones le han dado la victoria; pero el Gral. Benavides, y con él casi todos los jefes, preferían combatir, atrincherados, dentro de la plaza.

«En las conferencias militares que tenía costumbre de dar á los

Generales y jefes, comencé á notar que se acentuaba mucho la opinión en favor de la defensa de la plaza, y en contra de mi idea de librar un combate; que el asunto se traía á cuestión con poca naturalidad, y que las razones aducidas eran las mismas expuestas ante mí previamente por el Gral. Benavides, lo cual me hizo comprender que no había sido él tan reservado como era necesario y como yo se lo encarecí. Después de ésto, no me quedaba más recurso que aceptar el sitio, pues el enemigo ya estaba cerca.

«Pude haber emprendido una retirada por las montañas, mas opté en definitiva por la defensa de la plaza, ante las dificultades de última hora, relativas á transportes, que no se habían preparado, dados los designios que se tuvieron desde un principio, cuando se contaba con fuerzas competentes fuera de las fortificaciones; y no había tiempo de improvisar ó conseguir aquellos transportes, pues, como antes he dicho, el enemigo estaba al frente.

«Nunca imaginé que el resultado final del sitio fuera una victoria, pero sí creí que sería largo y que haría mucho perjuicio al enemigo, pues estaba seguro de que la plaza no podía ser tomada por asalto, si á mis soldados les hubiera de durar el vigor que tenían, vigor que decreció sucesivamente desde que se supo que no se podía contar con caballería que protegiera las operaciones de provisión de la ciudad, y la defección de la guarnición de Tehuantepec, de que en los últimos instantes se tuvo noticia, que era una de las que debían también maniobrar por fuera, y la disolución de todas las demás guardias nacionales, que impotentes como se vieron por falta de la protección que esperaban de la caballería, se ocultaron algunas en los montes, se dispersaron otras, y varias entregaron sus armas al enemigo, por invitación que al efecto les hacía D. Juan Pablo Franco, nombrado por Maximiliano, Prefecto Superior del Estado de Oaxaca, y que obraba por instrucciones inmediatas de Bazaine, contando con la cooperación de varias personas influyentes de la localidad, que hasta entonces habían sido liberales, y que, por ese motivo, tenían acceso é influencia con los Oficiales y soldados de la Guardia Nacional de los pueblos.

«Las circunstancias me pusieron en la disyuntiva, no de hacer una retirada, sino de huir ó de defender á Oaxaca, sin probabilidades de éxito, pero cumpliendo con el deber de batirme. Opté por lo último, y acepté el sitio.

«Terminó el año de 1864, y las fuerzas enemigas estaban á pocos kilómetros de la ciudad. Dos ó tres días después del reconocimiento

hecho por el Gral. Courtois d'Hurbal, se movió toda la fuerza francesa y traidora, y comenzó á establecer su línea de circunvalación. El Gral. Bazaine llegó al campo enemigo el 15 de Enero de 1865, y asumió desde luego el mando en jefe. Los franceses ocuparon primero lo que ellos llamaban PRIMER DOMINANTE, y cuyo nombre vulgar es el «Cerro Pelado Grande,» el «Monte Albán» y el «Pueblo de Xoco,» y siguieron perfeccionando sus paralelas, no con resistencia decisiva, pero sí con pequeños tiroteos por parte de la plaza, que tendían á dificultar sus obras, las que completaron al cerrar su línea en «San Felipe del Agua,» en cuyo lugar se apostó el Gral. Jeaningros, con los batallones «Cazadores de África,» de á pie, y «Legión Extranjera.»

«El Gral. Bazaine estableció su Cuartel general, desde el principio del sitio, en el pueblo de San Jacinto de Amilpas, y cuando lo hubo estrechado, lo trasladó á la hacienda de Montoya.

«Calculo que la fuerza que tenía Bazaine, al concluir sus obras, ascendería á unos 9,000 hombres del ejército francés, y unos 1,000 traidores, siendo los últimos de caballería. Al perder mi caballería, me quedaron en la plaza 2,800 hombres.

«La fuerza sitiadora se aumentó en los últimos días, pues cuando el Gral. Bazaine hubo estrechado su línea y adelantado sus obras de aproche, y tal vez fijado día para el asalto, comenzó á detener á las fuerzas que llegaban como escoltas de los convoyes que se le enviaban, que tenían que ser considerables en cada caso, porque el Coronel D. Félix Díaz los hostilizaba valientemente en el camino. Por lo dicho, al fin del sitio, la fuerza enemiga había aumentado considerablemente, lo mismo que su material, pues para su mejor servicio, tenía hasta morteros de 14 pulgadas.

«Durante el mes de Enero de 1865, cuando el General Jeaningros ocupaba el pueblo de San Felipe del Agua, con un batallón de «Cazadores de á pie» y otro de la «Legión Extranjera,» surgió un incidente por la Hacienda de Aguilera, que está entre la Ciudad de Oaxaca y San Felipe del Agua, mucho más cerca de la ciudad que del pueblo, la cual Hacienda no había sido ocupada por mi fuerza, porque mi personal disponible era poco, y apenas me bastaba para defender el área de la ciudad. Sin embargo, como la Hacienda quedaba entre ambos combatientes, sus dueños y vecinos la habían abandonado, y eso dió motivo á que la plebe, y entre ella algunos soldados de los que suelen hallarse fuera de las filas, comenzaron á extraer las semillas que había en la misma. Con este motivo, el 28 de Enero de 1865

el General Jeaningros mandó unas compañías que batieran á los que saqueaban la Hacienda y tomaran posesión de ella; pero como al ocuparla sin resistencia, se hizo mucho alarde de victoria, me pareció que si no apagaba su orgullo infundado, sufriría el ánimo de los míos, y entonces mandé al mayor D. José Guillermo Carbó, con la Compañía de Granaderos del primer batallón de Sinaloa y la tercera del de «Juárez,» á desalojar á los franceses. Hubo un combate en el que sufrimos grandes pérdidas por una y otra parte, pero, al fin, se cumplió mi mandato y se rechazó un auxilio considerable que de San Felipe del Agua mandaba el General Jeaningros. Como nunca entró en mis planes la defensa de la Hacienda de Aguilera, dispuse que en la noche, cuando ya nadie la disputaba, fuese abandonada.

«Los estragos que causaban en la fuerza sitiada los frecuentes combates que tenían por objeto impedir los aproches, y el bombardeo constante que el enemigo mantuvo sobre la plaza, así como las consecuencias, cada día de mayor trascendencia, de la defección de la guarnición que había dejado establecida en Tehuantepec, á las órdenes del Coronel D. Remigio Toledo, y los trabajos de los particulares liberales renegados, desmoralizaron de tal manera la tropa de mi mando, que llegaron á desertarse guardias enteras; y un día, en un ataque que el enemigo verificó sobre el fortín de «La Libertad,» el Mayor de uno de los batallones de Sinaloa, D. Adrián Valadés, vitoreando á sus soldados, los invitó á salvar el foso, y se fué con más de cien hombres de los que defendían la trinchera, para unirse con el enemigo, teniendo los Coroneles Toledo y Corella, grandes trabajos para contener la desmoralización de los demas defensores del punto y no perderlo en ese día.

«No fué éste el último ni el peor ejemplo de desmoralización, pues pocos días después desertó un Teniente Coronel de Infantería, llamado D. Modesto Martínez, quien fué muerto al tocar la línea enemiga, porque los puestos avanzados lo tomaron por espía.

«En los primeros días de Febrero, recibí comunicaciones de los jefes que defendían los principales puntos, en que me decían, que no respondían de la situación; que era imposible, con fuerza tan pequeña y desmoralizada, resistir el ataque de un número tan fuerte y bien armado, como era el del enemigo, sobre todo, cuando en los últimos días ya no había víveres; pero que si yo no disponía otra cosa, sucumbirían cumpliendo con su deber. Solamente el Coronel D. Juan Espinosa y Gorostiza, que defendía el convento de la Soledad y la línea de que dicho convento era centro, no me dirigió nunca seme-

jante comunicación, no obstante que su situación era idéntica á la de los demás; y es que en su espíritu germinaba la honda pena que le causó ser rechazado en Ayotla, y había resuelto sacrificarse, buscando reivindicación. Era un hombre de dignidad.

«El día 8 de Febrero de 1865 se nos habían agotado por completo las municiones de boca y guerra, y algunos días antes lo habían sido los víveres de las familias que quedaron dentro de la plaza sitiada, que, aunque eran pocas, se quejaban con escándalo, pues en constantes manifestaciones públicas, hacían alarde de su situación insostenible, quebrantando así el ánimo de los soldados, que ya estaba bastante decaído.*

«En este estado de completa desmoralización, y cuando ya la defensa no era posible, pues no sólo no quedaban reservas grandes ni pequeñas, sino que la guarnición misma de los fuertes era notoriamente escasa, dado que no me restaban ni mil hombres disponibles, me pareció que no debía sacrificarlos inútilmente, cuando no podía ni corresponder al fuego enemigo en el último definitivo asalto, que ya era inminente. Así, pues, impotente para combatir más, dada la situación que he bosquejado, y bajo un cañoneo en brecha y bombardeo que indudablemente preludiaba un asalto simultáneo á distintos puestos y fortificaciones, me decidí á rendir la plaza, y al efecto, monté á caballo y salí personalmente, en la noche del 8 al 9 de Febrero de 1865, á manifestar al Gral. Bazaine, en su Cuartel general de Montoya, que era innecesario el asalto que se preparaba. No observé reglas, no pedí previo armisticio, no mandé á un ayudante con ese objeto, por temor de una mala inteligencia, por una parte, y que el deseo del General Bazaine, por otra, de lucirse, hicieran que el asalto tuviera lugar sobre un montón de hombres sin municiones y sin vigor para pelear. Supuse que sólo mi presencia en el Cuartel general enemigo, y mis explicaciones personales, impedirían el ataque, pues era grande el empeño que el Gral. Bazaine tenía por conquistarse la gloria efímera de asaltar la plaza, especialmente desde que supo que podría tomarla fácilmente, por haberse agotado ya los elementos de defensa.

---

* En la precaria situación en que se hallaba, el General Díaz había ya recurrido á medidas extremas, improvisando morteros con las campanas de los templos, y cargándolos con fragmentos de cobre, plomo y hierro, tomado de las rejas de las ventanas: lo que dió lugar á que Bazaine le reprochara el haber hecho uso de proyectiles prohibidos por los usos de la guerra.

«Como á las diez de la noche del día citado, acompañado de los Coroneles D. Apolonio Angulo y D. José Ignacio Echegaray, á quienes intencionalmente llevé conmigo para que presenciaran mi entrevista con el Gral. Bazaine, salí de la línea fortificada y me dirigí á Montoya, en donde tenía Bazaine su Cuartel general; y mientras me recibían los puestos avanzados, me hizo fuego uno que había en la esquina de la calle de la Consolación; pero hablé á los soldados, diciéndoles que no era enemigo armado, y suspendieron sus fuegos. Avancé en compañía de Angulo y de Echegaray, y el oficial que estaba encargado de ese puesto, me mandó con un destacamento á otro que estaba en la margen izquierda del río Atoyac; de allí pasamos á otro destacamento que se hallaba al otro del río, y éste nos llevó hasta Montoya.

«Al manifestar al Gral. Bazaine que la plaza no podía defenderse ya, y que estaba á su disposición, y creyendo que ello equivaldría á mi sumisión al Imperio, me dijo, en respuesta, que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó de ser muy grande, pues dijo que era criminoso tomar uno las armas contra su soberano. Contesté, que consideraba de mi deber explicarle que yo no me adhería ni reconocía al Imperio; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuve al pie de los cañones; pero que la resistencia era imposible, y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente á su semblante los rasgos del desagrado, me reprochó el Gral. Bazaine que hubiera roto la protesta que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver á tomar las armas contra la Intervención; y aunque yo negué haber firmado tal documento, el Gral. Bazaine ordenó en el acto á su secretario, el Coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, trajera el libro que contenía las protestas escritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó á leer en alta voz, y como yo no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté, en respuesta, que no podía subscribir la protesta, porque tenía sagradas obligaciones para con mi país, y estaba dispuesto á cumplirlas, siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo, cuando el Coronel Boyer llegó á mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al Gral. Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró sin decirme una palabra más sobre este incidente.

«Después me habló el Gral. Bazaine de ciertas dificultades que él creía que los franceses podrían tener para ocupar la plaza, porque sabía que había muchas minas, las cuales fácilmente podían estallar.

Le dije que, efectivamente, había algunas, pero que me había visto en la necesidad de descargarlas con objeto de hacer cartuchos, porque ya no tenía municiones para defenderme; que fácilmente podría sacarse la pólvora de las pocas que aún tenían, porque yo sabía el lugar donde estaban, y que mandaría con ese objeto á un oficial de artillería que efectuara la operación. Así se hizo, aunque siempre estalló una mina, porque un zuavo tiró imprudentemente la piola y causó la explosión.

«Mandé suspender los fuegos de los cerros, y para ello fuí con un oficial francés y el Coronel Angulo hasta la trinchera que quedaba frente á la nuestra.

«Angulo habló á Corella, y éste, sacando la cabeza por la trinchera, comenzó á insultarlo y hacerle fuego, por creer que se había pasado al enemigo y hecho traidor. Angulo explicó á Corella, con muchas dificultades, cuál era la situación, y le dijo que llevaba una orden mía para que suspendiera el fuego.

«Ya no se volvió á hacer uso de las armas, y Bazaine me detuvo en su Cuartel general el resto de la noche, que pasamos allí, en un cuarto, donde nos puso el mismo Bazaine, á Echegaray, á Angulo y á mí. Yo quedé como prisionero, sin saber cuál sería mi suerte, porque además de haber provocado el enojo de Bazaine, con mis explicaciones, no pedí ninguna garantía para mí y los míos.

«En la madrugada de esa misma noche mandé á Echegaray, por acuerdo de Bazaine, para dar órdenes de que se entregaran otros distantes puntos; y después que amaneció, me mandó el citado Bazaine á la ciudad, con D. Juan Pablo Franco y una escolta de «Cazadores de África,» para que diera orden de que se permitiera la entrada á los franceses. Entró tras de mí el Gral. Brincourt, con un regimiento, hasta el Palacio del Estado, tomando así posesión de la plaza el ejército francés. Ya se comprenderá cuál sería el estado de mi espíritu en aquel acto de mi vida.

«Tras de aquel trance, pasé á Montoya, y de allí fuí conducido, en la noche del día 9, para Etla, como prisionero de guerra, con escolta y con gran exceso de precauciones, pues me conducía una Compañía de zuavos á las órdenes del Comandante Chapie, hoy General de División del ejército francés, que era entonces Mayor del tercer Batallón del primer Regimiento de Zuavos. Se me llevaba entre hileras abiertas, y fuera de esas hileras, marchaba á cada lado una segunda hilera de caballería, y á retaguardia, un trozo de húsares de la guardia y otro adelante, destacados ambos como á cien metros de distancia; y por

dentro de los sembrados venían, como á unos cincuenta metros de cada lado, fuerzas traidoras de caballería.

«Así llegué á Etla, en compañía de los Lics. D. Justo Benítez y D. Miguel Castellanos Sánchez, de los Generales D. Cristóbal Salinas y D. José María Ballesteros, y de los Coroneles D. José Ignacio Echegaray y D. Apolonio Angulo, habiéndonos conducido hasta allí el Comandante Chapie.

«En Etla nos alojaron, por orden del General Bazaine, en la casa de D. José María Filio, que era la mejor del lugar y en donde Bazaine había estado alojado.

«Estando en esa población, se me presentó el Mayor de caballería, Vizconde de Kelan, que había pertenecido al Estado Mayor del Emperador Napoleón, según él me dijo, y entonces servía en húsares de la guardia. El Vizconde se encargó de nuestra custodia hasta Puebla, y nos trató con mucha amabilidad, pero á la vez con mucha vigilancia, y tomando siempre grandes precauciones.

«Las más veces, siempre que llegaba la ocasión, me pedía permiso para dar el toque de marcha, y me preguntaba con frecuencia si deseaba hacer alto en algún punto. Así llegamos á Puebla, en donde quedé prisionero.» (Memorias).